

2

EL DESPERTAR

No recordaba haberse quedado dormida. Al abrir los ojos se dio cuenta de que no conocía el lugar. La habitación era de un blanco casi cegador a causa del sol. Llevaba una pulsera de plástico y estaba conectada a una bolsa de suero. Era muy confuso. ¿Dónde estaba?

Una mujer entró por la puerta que tenía enfrente. Tenía uniforme de enfermera, mirada dulce y sonriente. Miró a su alrededor al darse cuenta de que estaba en un hospital. Las camas de los lados estaban vacías.

- Buenas tardes ¡Qué bueno que haya despertado! – Dijo extrañamente eufórica - ¿Cómo se encuentra?- hablaba en español—.

- Bien gracias... - le revisó el suero y observó el monitor, que emitía un rítmico pitido, durante unos segundos.

- Por fin podremos saber que le ocurrió. Avisaré al doctor – dijo al salir de la habitación -.

Examinó el estado de su cuerpo: contusiones, heridas cicatrizadas, ligero pinchazo en las costillas al respirar y una gran cicatriz que le cruzaba todo el torso. Se destapó y se dispuso a ponerse en pie, después de arrancarse la aguja del suero y la sonda. Iba a salir de allí lo más rápido posible. ¿Dónde estaba su ropa?

Cuando se apoyó sobre sus piernas sobre el suelo, éstas temblaron. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba en cama? A duras penas, apoyada en la barra del suero, fue hasta los armarios que había a la derecha. Había tres, abrió el del centro: una camiseta gastada con algunos remiendos, unos pantalones que parecían de corte militar que también parecían haber sido remendados; una prenda de cuero extraña y unas botas altas bastante usadas, y colgado había un abrigo largo. Todo de color negro. Eran todas sus pertenencias.

Se vistió con toda la prisa que pudo.

Oyó pasos que se acercaban ¿Por qué tenía la necesidad de esconderse?

- *Ya vienen* – pensó- *¿pero quienes?*

-Buenas tard... - dijo el doctor - ¿Dónde está la paciente, enfermera? – oyó un golpe seco detrás de él.

El doctor se fue a girar pero ella le atizó en la nuca con la barra del suero derribándolo y le dio la vuelta como pudo. No sabía de donde sacó la fuerza, pero el corazón bombeaba a mil por

hora, y se sentía frenética.

El médico estaba conmocionado, apunto de perder el conocimiento. Podía entender su cara de estupefacción: una chica vestida de negro, su paciente, le quitaba la tarjeta de identificación, el historial, la cartera y las llaves; y lo arrastraba hasta el armario con fuerza.

El hombre intentó agarrarse a la cama, aunque no pudo oponer mucha resistencia. Perdió el conocimiento casi de inmediato. Se puso su bata, guardó sus escasas pertenencias en la funda de la almohada y cerró con llave el guardarropa. A la enfermera la dejó inconsciente en la cama para simular que era la paciente y cerró las persianas. Tardó unos segundos escasos.

Se asomó a la pequeña ventana de la puerta, para ver si estaba despejado. Abrió con decisión y salió al pasillo. La puerta se cerró sola. Miró hacia ambos lados y caminó por el largo pasillo hacia la izquierda. Lentamente y muy cerca de la pared para, si perdía el equilibrio, poderse agarrar. Pasó el punto de control de las enfermeras y llegó hasta los ascensores. Nadie se había fijado en ella hasta ese momento.

Estaba atenta a cualquier reacción a su alrededor con los oídos aguzados. Algunas personas se pusieron a esperar también junto a ella.

- Sí. Me ha dicho el doctor Díaz que lo llamase. La mujer de la 324 se acaba de despertar...
- oyó que decía una enfermera detrás -.

Cerró los ojos con frustración cuando escuchó los gritos de la mujer que había noqueado, que corría por el pasillo advirtiéndole a los demás de su fuga. No pudo hacer gran cosa. No conocía el hospital y mientras huía de celadores y enfermeras, buscaba desesperada las escaleras. No lo logró; siendo literalmente placada, y después drogada, cuando estaba apunto de salir por una de las puertas de emergencia.